

## NOTAS

### LA HORA DE LAS ACADEMIAS

Al salir los estudios lingüísticos y filológicos de la esfera de las disciplinas especialmente normativas o preceptivas y alcanzar el rango de ciencia, se vieron forzados a someter sus actividades a los principios vigentes para las investigaciones científicas. Así, con el prestigio de lo novedoso, en el siglo pasado, los métodos de investigación de las ciencias naturales se impusieron plenamente a las indagaciones propias del estudio de las lenguas. El positivismo, como método de investigación lingüística, condujo a una concepción del lenguaje, que lo asimilaba estrictamente a un ser sometido a las normas de crecimiento, nacimiento y reproducción de los seres vivos, cuyo desarrollo estaba determinado por fuerzas o sucesos ajenos a la voluntad del hombre: el clima, la raza, la herencia, el contacto con otras lenguas, la organización fisiológica humana, etc., fueron los móviles de la evolución lingüística, sin que el hombre como agente activo en el hablar y en el entender tuviera en ese proceso evolutivo ninguna participación consciente y voluntaria. El arrollador prestigio de las ciencias naturales en el siglo XIX y las condiciones propias de sus métodos comparativos y reconstructivos, según piensa Amado Alonso, explican tales orientaciones de los estudios lingüísticos, limitados a la parte física o externa del idioma.

Si la lengua evolucionaba, según ese criterio, impulsada por fuerzas ajenas a los propios hablantes, y aun a su pesar, era natural que sus cambios se concibieran realizados bajo la rigidez de un determinismo absoluto y fuera de la acción de cualquier organismo correctivo o moderador. La lingüística positivista cree haber establecido las leyes naturales a que necesariamente deben estar sometidos todos los fenómenos lingüísticos, y con ese criterio pierden toda eficacia los intentos de corrección y educación del lenguaje. Las academias se conciben entonces como organizaciones vanas, incapaces de imponer su autoridad o su gestión para contener lo que ellas suponen corrupción y que, por el contrario, los partidarios de esta lingüística positivista califican de fenómeno natural, de etapa de desenvolvimiento de la vida de las lenguas.

La escuela misma resulta, frente al positivismo lingüístico, una fuerza, si no impotente, débil al menos para oponerse a esa evolución del idioma, cuyo determinismo era natural condición de su propia naturaleza.

Los más excelentes maestros de la ciencia del lenguaje, influídos por estas corrientes ideológicas, dominadoras entonces en la esfera del pensamiento, sienten como un temor reverencial frente a las rotundas afirmaciones de una ciencia que pretende probar por A más B que las suyas eran las únicas conclusiones legítimas, y comienzan a tratar como gérmenes de futuras formas de lenguaje lo que fuera antaño solecismo o barbarismo. Se enmiendan, con el intento de ponerse a tono con los principios generales, y así, por ejemplo, lo que era barbarismo condenable, se convierte en provincialismo o regionalismo tolerable como origen de un lenguaje más evolucionado. Tal vemos en el caso del *Diccionario* de Gagini: nació como *Diccionario de barbarismos*, pero, con el beneplácito y la instigación de Cuervo, que lo prologa en una segunda edición, recibe el nombre de *Diccionario de costarriqueñismos*, en el cual no se castiga ya el pecado de incorrección lingüística, sino que se explican los fenómenos, se buscan causas y se señalan posibles etimologías e influencias.

No obstante, algo así como un presentimiento de la verdad hay en los grandes cultivadores de la ciencia del lenguaje, y así, en el costarricense Gagini, a pesar de las tendencias positivistas de su investigación, se encuentra el empeño de contribuir al bien hablar de la generalidad, y no otra cosa se descubre de las *Apuntaciones* del excelente don Rufino José Cuervo, que al ser calificadas ya de "críticas" por él mismo, enseñan una finalidad correctiva y aún docente.

Si se concebía como fuerza incontenible la evolución de las lenguas, y si toda transformación se conceptuaba como proceso de mejoramiento, no era inadecuado pensar en la legitimidad de todos los usos y todos los cambios actuales del lenguaje popular. Llegábase, exagerando tales concepciones por quienes deseaban una anárquica tolerancia en el uso del idioma, a concebir el lenguaje culto como una aberración de espíritus conservadores y como una servidumbre ante normas conceptuadas caprichosas e inadecuadas. La muerte de las academias y de todo organismo corrector parecía determinada por las circunstancias. El idioma debía estudiarse como un ser vivo; observarse, analizarse, compararse, pero nada podía hacerse, por erróneas que parecieran, frente a las formas y usos populares.

No obstante, esos métodos positivistas son el origen de la gramática histórica y de la lingüística comparada que con Bopp y Diez, Max Müller y Jacobo Grimm hasta nuestro don Ramón Menéndez Pidal han corrido el velo que cubría muchos de los resortes y de los

encantos del lenguaje. Ese observar, ese comparar, ese buscar causas y orígenes de los métodos científicos en boga fue, a no dudarlo, un impulso de gran significación en los estudios de las lenguas; pero como nada es bueno ni malo del todo, sobreestimado el concepto de la evolución, y ligado a un criterio predominantemente determinista, se cayó en la extremosa creencia de que no había fuerza capaz de contener el desarrollo de las formas idiomáticas, así fueran las más contrarias a la estética o a la lógica.

Sin embargo, aparece no como una reacción ciertamente en sus orígenes, sino de un modo independiente de apreciar los fenómenos lingüísticos, una concepción espiritualista o idealista del lenguaje, que si no logra dominar las concepciones positivistas, sí se mantiene desde muy temprano, en 1828, en la voz de Guillermo Humboldt, hasta alcanzar nuestra época, en la cual el coraje proselitista de Vossler, sobre todo con su *Positivismo e idealismo en el lenguaje*, ha hecho que se imponga como una razonable y adecuada idea de la constitución y vida de las lenguas. En efecto, Humboldt esbozó una lingüística basada en las actividades espirituales o anímicas del hablante, y no en el elemento físico o material; y concibió así el lenguaje no como cosa o producto, sino como energía resultante de las funciones propiamente espirituales del hombre. Desde este punto de vista, la imitación, por un lado, y la originalidad del hablar, por otro; el gusto y la creación individual son parte también en el complicado mecanismo de la evolución lingüística.

Si el lenguaje es un acto individual, una energía resultante del impulso espiritual del hablante, si las formas fijadas no son más que el producto de esa actividad, formas originales en el habla que se estabiliza y colectiviza ya en la lengua, es indudable que la ciencia del lenguaje debe girar en torno de esta actividad del espíritu individual.

Desaparece así todo determinismo, y la acción humana surge como elemento preponderante tanto en el mantenimiento como en la evolución del lenguaje.

Si toda forma idiomática comienza en el habla, en lo individual, para llegar luego a normalizarse en la lengua, lo colectivo, no cabe duda de que la influencia de toda actividad humana, ya se llame ésta academia o escuela, es un factor eficaz de conservación y de mejoramiento. Las academias, hoy, con pleno derecho, pueden ostentar su lema por tanto tiempo execrado por los positivistas exacerbados: "limpia, fija y da esplendor".

Sin embargo, aun dando a las academias esta eficacia en la conservación del idioma, debemos aclarar que si el principio es válido científicamente en general, los procedimientos empleados para realizarlo no son en su mayoría los adecuados. El cuidado o dirección del idioma viene ahora a ser una actividad igual al cuidado y dirección

que sobre las costumbres sociales y normas morales, cívicas y religiosas, ejerce la comunidad mediante sus organismos adecuados: escuelas, academias, periódicos, radio, cinematógrafo, etc.

El cuidado y dirección del lenguaje es, en resumen, una labor eminentemente educativa, y en ese plan de actividades deben colocarse las academias de la lengua; ser escuelas con matrícula abierta para todos los hombres; cambiar su actividad preceptiva por una docente; superar su obra agregando a gramáticas y diccionarios una didáctica apropiada no a la guía de las gentes cultas solamente, sino al alcance de las masas populares; desplegar, pues, todo el esfuerzo que un educador debe ofrecer frente a las fuerzas enemigas o perturbadoras de la cultura; eso, pienso, y lo digo con el respeto que ellas me merecen, deben ser las academias, si es que las concepciones idealistas del lenguaje son válidas científicamente y si se quiere que el lenguaje se mantenga uno y bellamente constituido; lo cual no quiere decir que se mantenga estático, sin posibles cambios; sino que la evolución debe conducir siempre a un mejoramiento, guiado por el sentimiento estético de un pueblo en que todos los factores: escuelas, prensa, espectáculos, academias y hogares sean fuentes de educación de ese sentimiento: exaltado y noble en el escritor profesional, y sobre todo en el poeta, pero presente en el alma de todo hablante, en menor o mayor grado, ya que hablar, como actividad expresiva no puede considerarse sino como fenómeno estético.

Tarea de docencia, noble y bienhechora, es la que el presente pide y el porvenir aguarda de las academias. Ya Colombia, mantenedora de su prestigio de nación culta, ofrece, en la práctica, el ejemplo. La Academia de la Lengua y el Instituto Caro y Cuervo son escuelas de universal educación lingüística. Con sus libros y opúsculos, con sus investigaciones silenciosas, fecundas y abundantes, con sus radiodifusiones, con sus sesiones en las cuales la palabra de los mejores hablistas colombianos expone avanzadas ideas y certeras críticas, al par que ofrece un paradigma de pureza y galanura lingüística, la Academia y el Instituto Caro y Cuervo realizan una labor coadyuvante de la de la escuela y tan necesaria, como que hablar bien no es otra cosa que pensar bien.

Yo me siento conmovido frente a la denodada labor de ambas instituciones, y como hispanoamericano loo sus afanes y agradezco sus ofrendas espirituales.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO.

Academia Costarricense de la Lengua.